

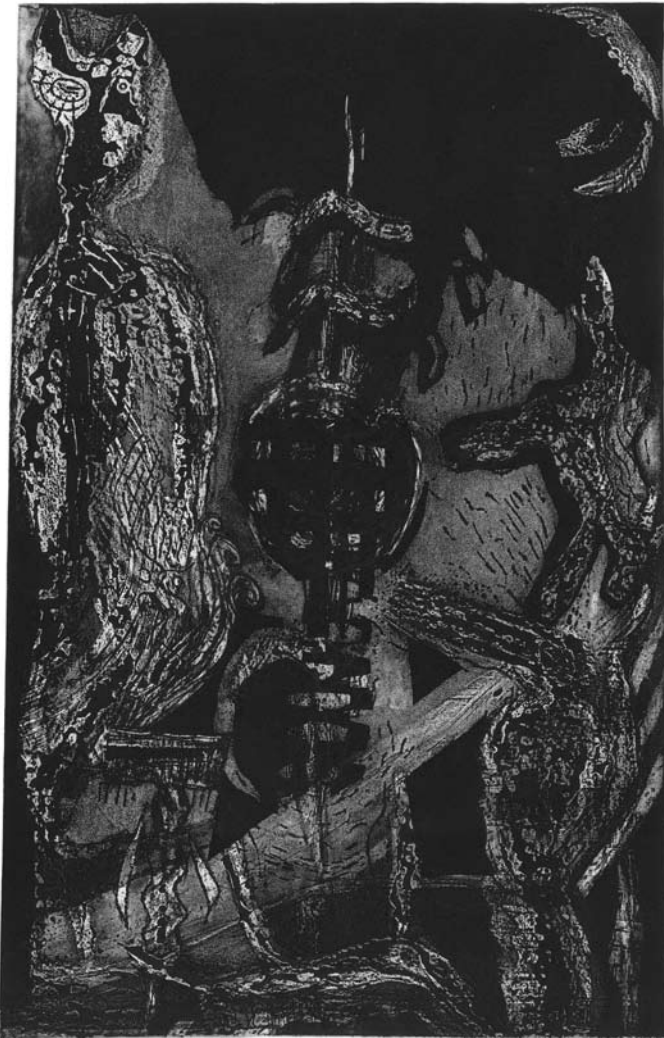
Pessoa muere

Miguel Ángel Flores

EL 30 DE NOVIEMBRE de 2005 se cumplieron 70 años de la muerte de Fernando Pessoa. Siete décadas después de que sus restos fueron depositados en el Cementerio de los Placeres (curioso nombre, digno del extravagante humorismo de los portugueses), su fama póstuma se ha extendido por todas las lenguas y continentes. Curioso destino para quien desconfió, entre muchas cosas, de la celebridad, del reconocimiento público, de los honores y alabanzas. Escribió un texto fragmentario (como todo lo que escribió) en el que expresó su intrincada teoría del anonimato sustentada en la figura de Eróstrato, el griego de la antigüedad que sin ningún atributo intelectual quiso pasar a la posteridad incendiando el templo de Diana. Se prohibió divulgar su nombre, pero hecha la prohibición, hecha la fama. Alcanzar la notoriedad a cualquier costo, incluso cometiendo la mayor fechoría, fue la lección de Eróstrato. Toda fama era execrable para Fernando Pessoa. Pero la fama lo alcanzó póstumamente. Una fama que se consolidó con la aclamación de su obra, por parte del Estado portugués, como patrimonio cultural de todo un pueblo: al cumplirse el centenario de su natalicio se decidió que sus restos fueran trasladados al monasterio de los Jerónimos para hacerle compañía a los dos grandes héroes fundadores de la patria portuguesa: Luís de Camões y Vasco da Gama. Una fama que se confirma con la infatigable reedición de sus libros y las múltiples notas, ensayos y libros que se han dedicado a su obra. Pessoa tiene ya un sitio indisputable en el elenco de los grandes poetas que fundaron la modernidad de la poesía del siglo xx. Es un clásico: nadie duda de que ninguna lectura presente y futura agotará el significado de su obra.

Y como sucede con toda su celebridad, su biografía se ha impregnado con la tinta del mito, de las falsas atribuciones y

los malentendidos. Él escribió que había dos vidas: una que transcurre entre las exigencias y las servidumbres que impone la vida cotidiana, la práctica, la útil, como él la llamó, aquella en que terminan por meternos en un cajón; y otra, la verdadera, la que soñamos en la infancia y seguimos soñando en la vida adulta en un sustrato de niebla. Nada extraordinario consigna su biografía. Se empeñó en llevar una existencia oscura; el caos en que vivió sus días, la implacable autocrítica y los ataques de desidia, hicieron que en el momento de su muerte fuera sólo el autor de un libro publicado en portugués y de tres *plaquettes* de poemas escritos en la lengua aprendida en la infancia, en el extremo sur de África, en un territorio que pertenecía entonces a la corona inglesa. No dejaba de sentir un leve orgullo de que uno de esos breves libros hubiera sido objeto de la atención de la prensa cultural londinense. En el momento en que fue depositado su cadáver en el Cemitério os Prazeres, los textos que harían su fama póstuma permanecían inéditos y sus poemas fundamentales se hallaban dispersos en publicaciones periódicas. Nunca se casó ni tuvo un hogar propio. Le ofrecieron puestos que podrían mejorar su situación económica, pero demandaban un mayor compromiso profesional; él prefirió la modestia de un sueldo a cambio de gozar de muchas horas libres dedicadas a la escritura. Justificó la ruptura de su compromiso con su novia Ofelia, su única relación femenina conocida, diciendo que la poesía no le permitía asumir las responsabilidades que conlleva una vida conyugal, pues exigía una entrega sin concesiones. Al final de su vida intentó vencer sus propias resistencias y decidió que ocuparía gran parte de su tiempo en organizar sus libros; se entusiasmó con la idea de trabajar en una biblioteca ubicada en Cascais, frente al mar, y que contaba con amplios jardines.



El sueldo era atractivo. Como había una vacante presentó su solicitud y currículum. Su “carrera de la vida” no era su mejor prenda para aspirar a obtener ese deseado puesto que le daría la estabilidad financiera que lo eludió toda su vida. Pero fracasó y vivió el rechazo como una humillación. Todas sus desventuras, sus amarguras, sus temores, sus fracasos, se los atribuyó, primero a Vicente Guedes y más tarde a Bernardo Soares en una especie de autobiografía intelectual a la que puso el título significativo de *El libro del desasosiego*.

Su oscura vida y la singularidad de su obra, la invención de una corte de poetas con biografía y obra propia, voces que se distinguen de la suya y que dieron origen al fenómeno de la heteronomía, hicieron que los datos de su existencia se prestaran a todo tipo de ficciones y fabulaciones, algunas magistrales como las de Tabucchi (*Los tres últimos días de Fernando Pessoa*) y Saramago (*El año de la muerte de Ricardo Reis*). Y no ha faltado quienes le han querido inventar una metabiografía. Aunque en *El libro del desasosiego* dejó muchas claves para descifrar hechos de su vida y obra, también sembró entre los renglones del texto no pocos enigmas.

Su vida fue breve. La hora de la muerte lo sorprendió —¿podemos decir que lo sorprendió cuando todo apuntaba a su fin?— en el Hospital de San Luis de los Franceses, destinado sobre todo a atender a la comunidad extranjera residente en Lisboa. Extraño extranjero, lo llamó uno de sus biógrafos, y es ése el mejor calificativo que se le puede dar a su vida: fue un extraño entre sus propios compatriotas. Para reforzar la leyenda a algunos les gusta pensar, antes de informarse, que el poeta murió envuelto en el anonimato total. Sin notas necrológicas y sin cortejo fúnebre. Es verdad que el gran público no sabía de su existencia y que era difícil tener una

idea precisa —ante lo fragmentario de su obra— de su inmenso genio, y de que al cerrar los ojos para siempre desaparecía el poeta más notable que ha producido la poesía portuguesa y uno de los más grandes maestros de la modernidad.

Los entonces jóvenes de Coimbra, que editaban la revista *Presença*, la revista literaria independiente de más larga vida en el medio cultural portugués, fueron los primeros en advertir la importancia de cuanto había escrito Fernando Pessoa. Miguel Torga estuvo cercano a sus colegas de *Presença* y tuvo el mérito de reconocer, desde su primera lectura, el genio del autor de la “Oda marítima”, pero resultan exageradas, en cuanto al conocimiento que se tenía entonces de Pessoa, las palabras que confió a su *Diario* cuando se enteró de la muerte del poeta: “Fernando Pessoa ha muerto. En cuanto leí la noticia en el periódico, cerré mi consultorio y me adentré en las montañas. Allí, entre los pinos y las rocas, lloré por la muerte del más grande poeta de nuestro tiempo, a quien Portugal miró pasar en su féretro, camino a la inmortalidad, sin que nadie preguntara quién era él”.

Tabucchi reconstruye sus tres últimos días con las herramientas del novelista, del hacedor de ficciones. Es hermoso el relato del narrador italiano y ennoblece el hecho vulgar de la muerte del poeta. Por su primer biógrafo, el editor principal de la revista *Presença*, y que gozó de larga vida, João Gaspar Simões, sabemos que el poeta, pocas semanas antes de su muerte, abandonó el atildamiento que lo caracterizaba: su traje se llenó de arrugas, el sombrero lo llevaba con descuido y en su semblante estaba grabada la huella de su mala salud. El alcohol, constante compañero de su vida, había hecho ya estragos en su hígado. Su mal se recrudecía por el insomnio que lo atormentaba y la poca atención que ponía a su alimentación. De repente un dolor, en la zona hepática que ya lo había acometido antes, se volvió insoportable. Era la madrugada; amaneció, estaba solo en el departamento de su hermana, en la Rua Coelho da Rocha, en el barrio del Campo de Ourique. Ante la gravedad de su estado, un amigo decidió que era imperativo internarlo de inmediato en el Hospital San Luís. El poeta se resistió, pensaba que pronto superaría el malestar. Pessoa pidió que el señor Manacé, su peluquero, lo arreglara antes de salir de casa; le preocupaba su aspecto. Aun en esas circunstancias tuvo la delicadeza de ordenar que le enviaran a su hermana un telegrama por ser día de su cumpleaños. Tabucchi imagina que Fernando es acompañado

por tres amigos que lo llevan en un automóvil al hospital y que en el camino se encuentran con un embotellamiento y que en el agente de tránsito, que les indica el mejor desvío para llegar a su destino, reconoce a su heterónimo, de obra breve, Coelho Pacheco, quien le hace un saludo masónico.

En el hospital, ya en plena agonía, Tabucchi lo obliga a comparecer ante sus otros heterónimos en un aspecto de ajuste de cuentas de su vida. Resalta la intención de Tabucchi de destacar la exuberancia de un placer vivido por Bernardo Soares ante la actitud de Pessoa caracterizado como un abstermio de la vida. La escritura era la única razón de su existencia, lo demás había sido accesorio y prosaico. Durante tres días sus heterónimos entran a su cuarto sin pedir permiso. Pero el relato de Tabucchi se desvanece como un fundido en una película. Al tercer día no habrá resurrección, como le hubiera gustado que sucediera al autor de *Sostiene Pereira*: Pessoa es un mortal, porque también los poetas mueren. En el hospital ejercía su primo, quien diagnosticó el mal hepático que sufría su pariente.

Como se apuntó ya, el cuerpo del poeta estaba extenuado por el insomnio crónico y la ingestión de alcohol sin medida, no había mucho por hacer. Por su primer biógrafo sabemos que en sus momentos finales sólo lo acompañaban el médico, es decir, su primo, y una enfermera. Antes de perder la conciencia había pedido que le alcanzaran sus anteojos. El poeta miope sólo podía percibir con nitidez la vida que lo rodeaba mediante ese adminículo. Simões dice que la escritura fue para el poeta una especie de anteojos: mediante ella toda una realidad quedaba en la distancia focal correcta. No es seguro si es verdad que en un papel escribió sus palabras finales: *I know not what tomorrow will bring*. En soledad había vivido toda su existencia, en soledad se extinguía su vida. Era un deseo que se cumplía, pues en 1931 había escrito: “Nunca visité a un amigo enfermo. Siempre que, habiéndome enfermado, me visitaron, sufrí cada visita como una incomodidad, un ataque, una violación injustificable de mi intimidad decisiva”. El 30 de noviembre de 1935 se apagó la vida de Fernando Pessoa. Muchos versos escritos en su nombre o en el de Álvaro de Campos podrían muy bien leerse como el anticipo de su epitafio:

Defraudando al conjunto ficticio de los cielos estrellados
el esplendor del sinsentido de la vida...

¡Toquen en un campanario mi marcha fúnebre!
Quiero concluir sin consecuencias...
Quiero ir a la muerte como a una fiesta en el crepúsculo.

Lo más asombroso en la vida de Fernando Pessoa es el hecho de que en el breve periodo de su existencia, sólo 47 años, haya desplegado una enorme energía intelectual. La pregunta parece inevitable: de dónde sacó la fuerza mental y física para escribir una obra que parece inagotable, en medio de una vida desventurada. Y más si se piensa que no la escribió en las mejores condiciones: a medida que escribía febrilmente –y aquí el adjetivo tiene mucho de literal, pues la fiebre fue un estado casi permanente–, expresaba una voluntad de autodestrucción en el hecho de consumir alcohol sin medida todos los días.

Nos negamos a aceptar que nuestros héroes tengan defectos, que mueran por causas prosaicas. Mozart no pudo haber sido el hombre vulgar que retrató Milos Forman en su película, ni puede atribuirse a un chofer alcohólico la muerte de una princesa. Es verdad que Pessoa, según testimonios de sus contemporáneos, no se permitía el espectáculo de los desfiguros de un alcohólico: no se quedaba tirado en el suelo vencido por la ebriedad, por ejemplo, y siempre había una dignidad y un decoro en su persona. Los excesos del alcohol los vivía en privado o en compañía de amigos que no pertenecían a los círculos intelectuales o profesionales en lo que se desenvolvía y que nunca dejaron un testimonio ni escrito ni oral de esa parcela de su vida en la que no permitía la intromisión de extraños, es decir, de hombres ilustrados o medianamente ilustrados. Pessoa tuvo una vida secreta imposible ahora de desentrañar.

Hemos afirmado que el alcohol apresuró su final. Así lo documentó João Gaspar Simões, a quien debemos la primera biografía del poeta (*Vida e obra de Fernando Pessoa. História duma geração*, Lisboa, Livraria Bertrand, 1954). Pero muchos años después, otro de sus biógrafos, el francés Robert Brechon (*Étrange étranger: une biographie de Fernando Pessoa*, París, Christian Bourgoir, 1996), argumentó lo contrario: el deceso de Pessoa se debió, según la hipótesis del especialista en gastroenterología, doctor Ireneu Cruz, divulgada en 1995, a una hepatitis contraída en su infancia, mientras vivía en África; el futuro poeta se recuperó aparentemente en su totalidad, pero el virus quedó latente por más de 30 años. Y al final, la

vida latente se manifestó provocando enfermedad y muerte. No es difícil de que así haya sucedido. El caso de Jorge Negrete se asemeja a lo descrito por el doctor Cruz: hepatitis en la infancia, y luego en la edad madura la reaparición de la dolencia hepática que destruyó su vida. Pero Negrete, a pesar de que tuvo que encarnar a muchos borrachos en las películas que filmó, no probaba el alcohol. Fernando Pessoa se “alimentaba” de él: pasaba las noches escribiendo al tiempo que bebía aguardiente hasta agotar su dotación nocturna. Ese hábito ¿aceleró su muerte?

Para Brechon Gaspar Simões quiso dar un toque romántico a la descripción del final de Pessoa. Y lo acusa de exagerar el cuadro de su enfermedad. A otros, sobre todo los que son ajenos o no están familiarizados con los procesos culturales de Portugal en las primeras décadas del siglo xx, les extraña el tono de Simões, quien parece mostrar poca simpatía o amor por su biografiado. El libro de Brechon (traducido al español por Alianza) se puede leer como un acto de reivindicación, o reparación, a la figura de Pessoa, para salvarlo de la “incomprensión”. Pensamos que fue un error del Fondo de Cultura Económica haber publicado la traducción de la *Vida e obra* sin unas palabras preliminares para situar al lector en el contexto en que se escribió la biografía. El libro es un debate sobre la vida y obra de Pessoa, un debate inscrito en la perspectiva de alguien que entendió bien la modernidad de Pessoa pero que no dejó de ser un conservador en muchos sentidos. Simões conoció y trató al autor de la “Oda triunfal”, y siempre se sintió desconcertado por muchos aspectos de su obra y de su vida. Se intercambiaron cartas a propósito de las colaboraciones de Pessoa en la revista *Presença* y Simões, junto con su amigo y compañero de revista, Luís de Montalvor, prepararon las primeras ediciones de sus libros. Gracias a ellos Pessoa empezó a tener presencia en el mundo editorial portugués. Sin Simões, la suerte de la obra de Pessoa hubiera sido muy distinta.

Han pasado 70 años. ¿Deberemos esperar 30 más para decir que Pessoa al fin descansa en paz?•

MIGUEL ÁNGEL FLORES es profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco. Su libro de poesía más reciente es *Himno entre luz* (UAM Azcapotzalco, 2003). Está por aparecer una antología de la poesía checa del siglo xx y prepara la traducción al español de la correspondencia de Fernando Pessoa.